

INVENTANDO EL PASADO, CREANDO LA NACIÓN: LA APORTACIÓN DE DIOSDADO CABALLERO*

Inventing the Past, Creating the Nation: The Contribution of Diosdado Caballero

Nuria SORIANO MUÑOZ
Universitat de València
somunu@uv.es

Fecha de recepción: 17/1/2012

Fecha de aceptación definitiva: 4/2/2013

RESUMEN: El jesuita mallorquín Ramón Diosdado Caballero (1740-1829) se convirtió en uno de los más apasionados defensores de España, de su pasado histórico, y en concreto, del régimen colonial español. Una gran parte de su obra escrita se centró en la elaboración de un discurso ideológico fuertemente caracterizado por un afán constante de glorificación y un ferviente catolicismo. A su vez, se acompañó de un marcado conservadurismo que tuvo como principal enemigo a Bartolomé de Las Casas. El caso de Diosdado Caballero, paragonable a algunos de sus compañeros ignacianos, nos ayuda a aproximarnos al complejo proceso de construcción de memoria e identidad en clave nacional operado en la segunda mitad del XVIII y principios del XIX en el cual Las Casas fue un personaje fundamental.

Palabras clave: Ramón Diosdado, jesuitas, memoria, nación, Bartolomé de Las Casas.

ABSTRACT: The Majorcan Jesuit, Ramón Diosdado Caballero (1740-1829), became one of the most passionate defenders of Spain, of its historical past, and

* La autora participa en el proyecto de investigación «Cambios y resistencias sociales en los territorios del Mediterráneo Occidental en la Edad Media» con referencia HAR2011-278988-C02-01, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

in particular, of the Spanish colonial regime. A large part of his written work focused on the development of an ideological discourse, strongly characterized by a constant desire for glorification and a fervent Catholicism. At the same time it was accompanied by a marked conservatism that had Bartolome de Las Casas as its main enemy. The case of Diosdado Caballero, comparable to some of his fellow Ignatians, helps us to approach the complex process of key national memory and identity construction that took place in the second half of the eighteenth and early nineteenth centuries, in which Las Casas played a fundamental role.

Key words: Ramón Diosdado, Jesuits, memory, nation, Bartolomé de Las Casas.

1. UNA VIDA DEDICADA A LA NACIÓN

«Porque el ser español me obliga a desear procurar todo lo que es honra y provecho de mi nación» (Diosdado, 1789: f. 3v).

Ramón Diosdado Caballero —y ocasionalmente Filibero de Parripalma, pseudónimo que utilizó en algunos de sus escritos— no es ningún desconocido, sino, como se sabe, un destacado miembro de la élite ignaciana expulsa, un religioso mallorquín de gran peso intelectual, con una dilatada biografía y producción literaria. Hijo de un hidalgo militar de origen extremeño (Batllori, 1966: 492), estudió latinidad y retórica en Ocaña (Hervás, 2007-09: 207). Posteriormente, ingresó en la Compañía el 15 de noviembre de 1752 en la capital, donde vivió la expulsión, mientras enseñaba retórica en el Colegio Imperial de Madrid (O’Neil-Domínguez, 2001: 1130; Eguía, 1932: 257-304). Allí conocería a influyentes compañeros de la orden, entre ellos a Lorenzo Hervás, con quien mantendría una larga amistad (Hervás, 2007-09: 207).

Erudito y bibliófilo, se instaló en Roma en 1775, aunque tras la expulsión también vivió algún tiempo en la ciudad de Ferrara y en Forlì. Partícipe de los debates intelectuales e ideológicos italianos de la época, autor de textos en italiano, castellano y latín —lo que evidentemente daba una mayor proyección a sus obras— destacó por su férrea defensa de la nación española y la elección de temas hispánicos, aunque muchas de sus obras quedaron incompletas o inéditas. Detenido por no prestar juramento a José Bonaparte, tal y como relata el también jesuita Luengo en su *Diario* (Fernández de Arrillaga, 2002: 488) acabó sus días en la capital italiana el 28 de abril de 1829.

Tal y como ha recordado recientemente Bernat Hernández, su producción bibliográfica fue extensa (Hernández, 2011: 134). A Diosdado Caballero se debe el primer catálogo de incunables españoles publicado en Roma en 1793 (Batllori, 1966: 493; Sommervogel, 1891: 48 y ss.). Además de las dos obras que analizaremos a continuación, dejó inéditos tres volúmenes de *Observaciones*, donde refutaba la *Storia antica del Messico* del jesuita criollo Francisco Javier Clavijero

(1780), una obra de gran éxito literario y valor historiográfico «considerada por el mallorquín como antiespañola según precisa Jorge Cañizares (Cañizares, 2009: 326). Pese a que la obra le supuso enfrentamientos con el valenciano Juan Bautista Muñoz, gracias a ella se le otorgó su segunda pensión (O'Neil-Domínguez, 2001: 1130). Incluso llegaría a recibir una tercera en 1804 por la defensa, en esta ocasión, de los conquistadores españoles (Fernández de Arrillaga, 2002: 488).

Diosdado Caballero también entró en la polémica sobre los orígenes de la imprenta con su obra *De prima typographiae hispanicae aetate specimen*, impresa en Roma en 1793, donde defendía la antigüedad del arte tipográfico en España y manifestaba que «ninguna nación podía hacer alarde de tener tantas ciudades con imprenta como España» (Cañizares, 2009: 324). Asimismo, escribió una demostración en italiano de la nacionalidad española del pintor José de Ribera, considerado napolitano por algunos eruditos italianos (Cañizares, 2009: 325). A las anteriores se suma una obra apologética sobre el inmortal conquistador de Medellín Hernán Cortés en *L'eroismo di Ferdinando Cortese confermato contra le censure nemiche*, publicada en 1806 en Roma (Hernández, 2011: 135), y otro texto manuscrito conocido como *Medios para estrechar más la unión entre los españoles americanos y los europeos* (c.1787) (Hernández, 2011: 135). Entre sus obras de temática americanista también se encuentra la *Excelencia de las Américas españolas frente a las extrangeras*, redactada bajo los auspicios del marqués de Bajamar, donde trataba de contrarrestar lo que a su juicio no era más que una auténtica manifestación de furor calumniador contra España y los españoles.

Algunos ignacianos como Diosdado Caballero —véanse las obras de los también americanistas de la antigua Corona de Aragón Juan Nuix, Mariano Llorente o Antonio Julián (Nuix, 2007; Julián, 1878; Llorente, 1804)— practicaron en el exilio una apasionada defensa de la colonización y la conquista española de América en respuesta a los ataques lanzados por los *philosophes* y la Ilustración francesa, inglesa y escocesa. Robertson, Raynal, Montesquieu, y otros grandes ilustrados habían cuestionado el pasado conquistador de España, habían puesto en duda la legitimidad de la conquista y el comportamiento de la Monarquía en Indias. Para los jesuitas que entraron en la polémica, un acontecimiento de tal calado, llamado a vertebrar la identidad nacional española, no podía abordarse ni mucho menos presentarse en el extranjero como despótico, opresivo e inhumano.

La mayor beligerancia en defensa de la labor española en América frente a las acusaciones extranjeras estará representada por un pequeño grupo de jesuitas expulsos del que Diosdado Caballero fue un buen representante. La literatura ignaciana entró de lleno en la polémica del Nuevo Mundo, en el controvertido debate político-cultural ilustrado, desde diferentes posiciones. Se establecieron marcadas relaciones entre los «otros» y el «yo/nosotros», en una controversia donde, como ha afirmado Xavier Andreu Miralles, la relación con otros pueblos contribuyó poderosamente a configurar la identidad nacional y las diferentes relaciones culturales (Andreu, 2006: 349). La polémica se convirtió muchas veces en mera propaganda ideológica, mediante la cual se construyó una teoría de la inferioridad del Nuevo

Continente (Todorov, 1987; Gerbi, 1960). En esta controversia, Bartolomé de Las Casas, abanderado de la justicia indígena en oposición a sus propios compatriotas, resultó un personaje contradictorio y dudoso, que despertó las iras y las pasiones de muchos filósofos, religiosos y literatos.

La polémica americana constituyó un tema constante en la dialéctica apolo-gía-crítica que abarcó y caracterizó al siglo XVIII, planteándose, asimismo, como indicara ya Julián Marías, en «términos nacionales y de rivalidad» (Marías, 1988: 48; Mestre, 2003). Sin embargo, más allá de su enconada crítica a lo que posteriormente se conocería como Leyenda Negra, de las críticas a Las Casas como fundamento de esta, y del interés en restaurar el buen nombre, sobre todo de Castilla, Diosdado Caballero se convirtió en fiel representante de uno de los sectores más conservadores, monárquicos y católicos de la élite ignaciana. Se diferenciaba, con ello, de otra tendencia ideológicamente más aperturista, que tal y como ha analizado recientemente Niccolò Guasti, fue defensora de «un patriotismo de corte austracista y mayansiano» (Guasti, 2011: 285-302). Ni mucho menos puede reducirse la complejidad de la obra escrita de los expulsos a un todo perfectamente unitario y compacto. En conjunto debe hablarse de un grupo heterogéneo que practicó objetivos y estrategias distintas, pese a que «todos ellos calibraran sus proyectos editoriales y culturales en función del destinatario, se tratase de Floridablanca o de las élites toscanas» (Guasti, 2009: 270).

Diosdado, junto a algunos de sus colegas expulsos, se erigió en defensor y promotor de la cultura española, pero también en ágil constructor de una de las vías por las cuales se inventaba e imaginaba, a finales del XVIII y principios del XIX la nación española. Desde una tendencia «parcialmente nacionalista» en palabras de Batllori o un «sentido nacionalista extremo» en palabras de Bernat Hernández, Ramón Diosdado se convirtió en fiel ensalzador de las glorias del pasado imperial de los Austrias, desde un concepto castellanista, unitario y centralista, de la tradición y de sus valores esenciales. El mallorquín, con una concepción de España muy definida, elaboró una historia «a medida» de intereses muy concretos —intereses propios que consideraba, a su vez, extensibles a su idea de nación— en un tono a veces agresivo, pero siempre apasionado y parcial. Ello fue posible gracias a una memoria frágil y selectiva, escasamente fidedigna y movilizadora de la colectividad.

Diosdado, siguiendo los deseos de Floridablanca y de la propaganda oficial de Madrid¹, aproximó pasado y presente, deformó y distorsionó hechos históricos concretos, desmentidos por la propia realidad, con el objetivo de vindicar a la

1. No debemos olvidar que los gobiernos y los poderes públicos no dejan de ser importantes máquinas de memoria o de olvido institucionalizando, decretando el recuerdo, el olvido, la amnistía, la amnesia, la condena o el perdón (CUESTA, 2008). Debe recordarse también que desde la Secretaría del Estado, el conde de Floridablanca procuró que todos aquellos jesuitas españoles que hubieran alcanzado nombradía en el extranjero, así como aquellos que cruzaran sus armas dialécticas contra los detractores de España y de su papel histórico, recibieran recompensas y pensiones.

nación española, diferenciarla y distinguirla del resto de colectivos nacionales, elevándola a la singularidad y a la excepcionalidad. Convertir a España en una nación con un pasado impecable e impoluto conllevaba grandes dosis de imaginación, perfilando, también *nuestros* enemigos a combatir: la barbarie indígena, la envidia europea, la modernidad filosófica e irreligiosa, y a Bartolomé de Las Casas, dominico incómodo y excepción demoníaca entre los españoles que acudieron a Indias. La suya fue una opción de modernidad, pero una modernidad conservadora y católica, «que abría camino a la creación de la nación» (Quijada, 2008: 229-268). En este discurso férreamente conservador, que situaba la empresa indiana como gran hito identitario, cultural y social, Bartolomé de Las Casas constituyó un personaje clave, un referente ineludible en la construcción de la memoria y de la identidad nacional en España.

En este sentido, nuestro objetivo radica en analizar dos textos casi desconocidos por la historiografía: su obra manuscrita *Consideraciones Americanas. Excelencia de la América española sobre los extrangeras decidida con hechos* y el texto impreso en italiano *Avvertimenti amichevoli all'erudito traduttore romano della geografia di W. Guthrie* con las que pretendió acallar a los ignorantes y malignos calumniadores de la nación y trató de presentar como admirable y ejemplarizante el comportamiento de España en Indias. El análisis, tanto de su contenido, como de sus recursos dialécticos y su forma, nos permitirán interpretar una gran parte de su obra escrita como una de las piezas del complejo puzzle de la construcción de la identidad y la memoria, una memoria necesariamente excluyente y complaciente, que adoptó la forma de relato individual y colectivo capaz de ser compartido por grandes sectores de la opinión pública².

No se trataba de ninguna banalidad. Estaba en juego qué tipo de pasado debía tener la nación española. Con ello, se entraba de lleno en una de las cuestiones claves de todas las sociedades pretéritas y actuales, ya que «los pueblos sin memoria son pueblos sin porvenir» (Changeux, 2002). ¿Por qué y para qué recordar? En palabras de Julio Aróstegui, una doble pregunta siempre frecuente «para la que existen múltiples respuestas siempre cargadas de una notable deriva ideológica» (Aróstegui, 2004: 15-36). Esta invención, presentada bajo la forma de relato absolutamente verídico e indiscutible, mediante el recurso al testimonio de cronistas de toda confianza, reelaboró un pasado que resultó base de una ideología de corte nacionalista, donde el catolicismo y el conservadurismo constituían un perfecto maridaje. A través de las apologías de Diosdado Caballero se vislumbra un discurso en el que se perfila todo un complejo aglutinante ideológico alrededor

2. Todavía conocemos mal las fórmulas, los mecanismos y los vehículos de conformación de la opinión pública en los últimos años del XVIII y principios del XIX. Desde luego, la prensa y el teatro sí han sido estudiados, pero reducir todo el concepto de *opinión pública* a estas dos manifestaciones sería un grave error (HOCQUELLET, 2003: 615-630). Desde luego, ni el Estado, ni ninguna de sus instituciones, tenían fuerza suficiente para permitirse soñar con algo parecido al control ideológico del país tal y cómo apunta Sánchez Blanco (SÁNCHEZ BLANCO, 2007: 14-15 y 49).

de la demonizada figura de Bartolomé de Las Casas, reinterpretado como odioso traidor antiespañol, oscurecido entre las cegadoras y celestiales luces que envolvían a los conquistadores españoles. Mientras tanto, se definían los principales rasgos del carácter nacional español en oposición al genio, por lo general, inferior y emulativo de los extranjeros.

2. LAS *CONSIDERACIONES*: UNA APOLOGÍA DE LA OBRA DE ESPAÑA EN AMÉRICA

Consideraciones Americanas. Excelencia de la América española sobre los extranjeras decidida con hechos es un relato apologético culminado el mismo año que estallara la Revolución Francesa³. Custodiada en la Biblioteca Real y aún inédita, se trata de una extensa obra poco conocida que apenas ha sido estudiada por los especialistas. Se compone de un prólogo extenso seguido de dos partes bien diferenciadas. Perfectamente coherente con el contexto histórico de finales del XVIII, el texto aborda cuestiones de tipo económico, histórico y socio-cultural. Eran temáticas diferentes unidas entre sí por la intención, a la vez común y múltiple, de legitimar y vindicar que «la América española se demostrara de mayor excelencia que las extranjeras»⁴, Diosdado subraya en ella las ventajas que ha acarreado América a España, pero también las que los indios han recibido de los mismos españoles. El propio jesuita explica sus intenciones:

Parecióme justo tratar de intento muy particular para desarraigat, si podía de una vez, la semilla de tantas injurias. En las Consideraciones que ofrezco a trozos no deo de apuntar algo que pueda ser útil de defensa de nuestras conquistas y gobierno, pero su principal asunto es manifestar la injusticia de los que principalmente cuando forman el cotejo con las colonias que tienen en América otras naciones de Europa (Diosdado, 1789: f. 2 v).

Dejando bien claro la utilidad de su obra, para el jesuita no existe el menor atisbo de duda: «el español es el mayor hombre de bien y el más religioso, pues por miserable que sea el español que pasa aquellas provincias, luego se reviste de los respetos de humanidad y cortesía propios de un noble nacimiento, empleándose en ejercicios útiles y honestos» (Diosdado, 1789: f. 175 r). En la primera parte, el jesuita aborda la agricultura, la manufactura, el comercio, la circulación de moneda y el uso de las riquezas, probando con ello el valor de aquellas colonias y los beneficios que proporcionaban (Diosdado, 1789: f. 64 r).

3. Aunque la obra carece de datación precisa, de su lectura se desprende que fue redactada en 1789 (Diosdado, 1789: ff. 25 v y 88 v). El dato cronológico también aparece en f. 174 r, al afirmar «que el abate Gilij [...] ha pasado a mejor vida este mes de marzo de 1789 [...]».

4. *Memoria de trabajos históricos y literarios de Ramón Diosdado Caballero*. A.H.N. Diversos-Colecciones, Caja 30, nº 8.

Diosdado no duda en elogiar la prosperidad y la riqueza potencial de la agricultura, la importancia del hábitat y de la población, del comercio, de las universidades indianas, los méritos de nuestros criollos, etc. (Diosdado, 1789: f. 69 r). Rechaza por completo la tesis de que las americanas eran unas colonias despobladas y pobres⁵. Para ello, subraya el valor de sus innumerables riquezas: sus fábricas sin par, sus ricas manufacturas, muy superiores sin comparación, a las extranjeras (Diosdado, 1789: f. 56 r), el próspero comercio, los caudales siempre circulantes de moneda⁶, etc. No olvida Diosdado la grandiosidad de las ciudades, ejemplo de abundancia y de bienestar, su idílico entorno, y sus animadas y ostentosas fiestas (Diosdado, 1789: f. 72 r).

Para Diosdado, los errores, los desórdenes y las catástrofes en Indias constituyen el precio a pagar por esta sangre contaminada y extranjera. Y no importa que se tratase de los mismísimos soberanos, siempre, claro está, que estos ya no estuvieran vivos: «si en tiempos anteriores hemos llorado nuestra ruina [ella] no provino de la despoblación americana, sino de las costosísimas y perniciosísimas guerras de los soberanos austríacos» (Diosdado, 1789: f. 64 v). La permanente exculpación de los españoles es uno de los *leit motiv* de su discurso: cualquier problema, crisis, malestar o depresión siempre habría tenido lugar antes de la llegada de los españoles al Nuevo Mundo.

En la segunda parte —más extensa que la primera— el jesuita presta atención principalmente a las ciudades, a los conquistadores y a las castas. Arremete contra cualquiera que pusiera en duda la buena fe y el buen hacer de los españoles y en especial contra el dominico Las Casas. También las palabras de Montesquieu⁷, en particular, enfurecen al jesuita, que las califica de «juicios escandalosos e impíos» (Diosdado, 1789: f. 198 r). Y es que en realidad, los filósofos ilustrados hacen gala de humanidad en sus labios pero «tienen las manos teñidas de sangre de inocentes» (Diosdado, 1789: f. 216 v).

5. Diosdado se apoya en Montalvo para reafirmar el espectáculo de absoluta riqueza que se percibe en las colonias. Pone como ejemplo la beatificación del arzobispo de Lima Toribio, para cuya procesión se construyeron «siete riquísimos altares, cuyas hechuras para una obra casi momentánea pasaron sin duda de los veinte mil duros», pues asegura que uno de ellos tuvo el coste de cuatro mil reales. Los ejemplos son interminables: «los panaderos en México llevan vestidos de cuatrocientos y quinientos escudos de valor [...]». Apoyándose ahora en el cronista Meléndez afirma que: No solo los españoles sino muchos negros y mulatos visten con ostentación y gala, rompiendo sedas y variando vestidos según la diferencia de estaciones. ¡Hasta los indios, negros y viles, gastan sedas!» (DIOSDADO, 1789: f. 72 r).

6. Afirma Diosdado que la situación es de riqueza perpetua «pues más de dos siglos de duración lleva el lujo de nuestras Américas, aún reconocido por los escritores extranjeros [...]» (DIOSDADO, 1789: f. 72 r).

7. El aristócrata y magistrado había afirmado en el capítulo cuarto de *El espíritu de las Leyes* que «(los españoles) en vez de proporcionar a los americanos una religión dulce y suave, les impulsieron una furiosa superstición» (DIOSDADO, 1789: f. 198 r).

Los españoles, según Diosdado, habían extirpado la idolatría y la barbarie, habían enarbolado la bandera de la justicia, de la bondad y de la caridad para llevar a cabo una auténtica y benévola revolución en Indias. Dicha «revolución» había proyectado los beneficios culturales y civilizadores sobre pueblos «antes bárbaros»⁸, y, en muchos casos, «pueblos sucios, crueles y malos»⁹, que vivían en un estado de precariedad y de «absoluta escasez» (Diosdado, 1789: f. 219 v). Esta visión de las cosas se halla presente a lo largo de todo el texto. El contraste entre naciones «destruidas antiguamente y ahora surtidas de todo» es permanente¹⁰: comercio, navegación, artes, religión, agricultura, costumbres, libertad «¿Qué hubiera sido de los indios de haber proseguido en semejante estado?» Diosdado no alberga la menor duda: «una absoluta desolación» (Diosdado, 1789: f. 228 v).

Se trata, como vemos, de un discurso con el que Diosdado, sin apartarse de sus objetivos, entra de lleno en el corazón conceptual de la Ilustración. Las nociones de utilidad, de fomento y, más generalmente, de progreso económico y moral tiñen sus palabras. El elogio de la conquista española y de sus consecuencias irrumpe de lleno en la polémica sobre el papel cultural de España en el mundo. En este sentido, las palabras de Diosdado buscan reforzar, por un lado, la imagen de una España plenamente civilizada, y, por otro, la de una nación productora y difusora de civilización a través de su colonización en América, contrariamente a lo que habían defendido muchos extranjeros.

Así pues, España no puede ser considerada una nación cualquiera. Orgullosa de su cultura y de sus escritores, en el pasado y en el presente, la nación se convierte en protagonista del discurso, una nación de primer orden, heredera de tradiciones valerosas, que brilla sobre las demás, una nación «a la que le sobran méritos» (Diosdado, 1789: f. 4 v), excelentes cualidades, acciones memorables, grandes e incomparables, singulares héroes de valor y talento, varones prodigiosos, dignos de imitación y hasta de emulación, pero sobre todo, «humanos y clementes»¹¹:

8. Diosdado condena lo que los extranjeros llaman «usurpación», y reitera numerosas veces a lo largo de su discurso el valor de la «revolución utilitaria»: «nuestros (supuestos) “usurpadores” no han hecho divorcio con los indios, habitan con ellos, les han llevado la religión, la policía, las artes, todos los frutos, abastos e industrias de Europa, grandes ventajas de que nada han hecho las naciones [...]» (DIOSDADO, 1789: f. 46 r).

9. Diosdado se refiere, en esta ocasión, al pueblo Panucano, independiente de México (DIOSDADO, 1789: f. 147 r).

10. El jesuita mallorquín ni siquiera acepta que el pueblo mexicano estuviera en posesión de grandes conocimientos astronómicos, ya que no conocían los años bisiestos, ni los solsticios y equinoccios (DIOSDADO, 1789: ff. 20 r, 198 r y 200 r).

11. (DIOSDADO, 1789: f. 135 r). La humanidad de nuestros conquistadores es indiscutible. El enemigo actúa siempre con brutalidad y comete atrocidades contra «nuestros prisioneros españoles, por la fuerza a empujones, bofetadas y palos, haciéndoles baylar delante del ídolo [...] les sacaban corazones y les comieron piernas y brazos». Diosdado expone diversos ejemplos para contraponer la actuación de España a las potencias extranjeras pues «Semejante escrupulosa moderación es frecuente en las conquistas que se hacen Europa?» España resulta ser, pues, una nación de conducta excepcional

como lo fueron los conquistadores Pizarro y Cortés. Héroe cristiano, inmortales, piadosos, caritativos y valientes que afrontaron numerosos peligros con un fin superior: el fomento y progreso del siempre luminoso cristianismo. El jesuita siente una gran pasión por Cortés, cuya gloria muchos han tratado de oscurecer, entre ellos el traidor Las Casas¹²: «el inmortal Cortés puede por sí solo desafiar a todos los conquistadores y descubridores juntos de otras naciones [...]» (Diosdado, 1789: f. 52 r). Los conquistadores son personajes humanísimos, de grandeza y enorme nobleza, cuya superioridad moral y su valor militar distinguen a España y constituyen «su» hecho diferencial: su identidad, en definitiva. Preocupado por la memoria de las hazañas de los españoles, nos presenta una empresa victoriosa y eternamente memorable, fundamento del recuerdo de lo ausente (Ricoeur, 2002: 25). Es indiferente que Diosdado jamás pisara suelo americano: este pasado inventado, esta conquista justa y moderada, debe ser continuamente recordada y exaltada.

Diosdado no tenía a los indios por capaces de nada digno de mérito, es más, desde su óptica, los indígenas son un pueblo sin memoria ni pasado. Los indios —a su juicio— ni siquiera poseían una historia «propia», habían abandonado para siempre su primitiva y feroz condición y ahora vivían rodeados de prosperidad y felicidad, no de una supuesta ruina, como los extranjeros afirmaban mendazmente. El mismísimo cronista Torquemada sabía más que los propios indígenas de su historia antigua y de sus «antepasados gentiles». Lógicamente, si los indios habían podido conocer algo de su historia, era porque habían sido «instruidos por los españoles» (Diosdado, 1789: f. 204 r).

Podría afirmarse que la posición del jesuita resulta bastante radical en este punto, sobre todo si establecemos un paralelismo con la de algunos de sus compañeros de orden¹³. A lo largo de numerosos pasajes trata de mostrar lo rudimentario e imperfecto de todo lo indígena. Para él no existiría nada autóctono digno del menor elogio: Nada se ha hallado en pintura que no sea «horrendamente desproporcionado» (Diosdado, 1789: f. 207 r). Su arquitectura es «de un grado sumamente imperfecto» (Diosdado, 1789: f. 207 r). La cultura de todas aquellas sociedades bárbaras puede definirse como ruda, torpe e ignorante.

(Diosdado, 1789: f. 138 r). La crítica de lo que podríamos llamar, siguiendo a Jonathan Israel, *ilustración radical* es otro de los grandes elementos configuradores del discurso de Diosdado (DIOSDADO, 1789: f. 216 v).

12. Le dedica numerosas páginas al conquistador (DIOSDADO, 1789: f. 126 v y ss.).

13. Solo dos años antes, su colega catalán Antonio Julián manifestaba las habilidades de los indios de Santa Marta, notablemente ricos, y «capaces de los más diversos trabajos artesanales, pues sobresalen tallando y labrando las más diversas figurillas, joyas y bellas piezas de filigrana» (JULIÁN, 1787: 67).

Roza lo quimérico que incluso los monumentales palacios de México no habrían sido más que «meras construcciones de barro»¹⁴.

Además, los indígenas eran idólatras y antropófagos, últimos culpables de la violencia —si es que existió— por parte de los encomenderos. «Si los ídolos de la Nueva España no hubieran sido tan voraces de carne humana, no hubieran irritado tanto el ánimo de Cortés», personaje al cual los indios acabarían contemplado como a una divinidad, un «soldado zeloso de la predicación del Evangelio» (Diosdado, 1789: ff. 142 r y 144 r). Diosdado Caballero, en un alarde de exaltación patriótica, exclamará ¡bien puede «gloriarse nuestra nación española de ser madre de un héroe asemejable a los Césares, Pompeyos y Aníbal!» (Diosdado, 1789: f. 146 r). La defensa de Colón por parte de Diosdado Caballero no resulta tan contundente, ya que el descubridor ha sido respetado por Europa: «el no ser español de nacimiento le ha valido mucho para que se le perdone enteramente» (Diosdado, 1789: f. 127 v). No ignora el jesuita que Colón no era español. Sin embargo, le interesa destacar, por encima de todo, que «el primer conquistador fue favorecido, asistido, ayudado y acompañado de españoles» (Diosdado, 1789: f. 127 v).

El jesuita mallorquín sobredimensiona la imagen de un héroe que combate contra «indios de genio aññado» (Diosdado, 1789: f. 137 r), y otros de malignas intenciones que pretendían «que de los españoles no quedase memoria» (Diosdado, 1789: f. 162 v). En esta línea de interés por la memoria también le preocupa defender a los actuales criollos, integrándolos dentro de la nación española. Los españoles criollos poseen el mismo catálogo de virtudes y calidades que los españoles peninsulares: son hombres de talento, prudentes y ejemplares (Diosdado, 1789: f. 184 r). Una de las pruebas de sus virtudes cristianas sería el excelente trato dado por los españoles a los negros, tan diferente en todo a la manera en que aquellos eran tratados en las colonias de otras naciones¹⁵. En todo, la nación española es un ejemplo de conducta, de moralidad y de excelentes valores.

La imagen, en conjunto, cabalga entre la fantasía, la falsedad y la distorsión más acusada. De la misma forma que Europa lanzó contra España la «Leyenda

14. (HERNÁNDEZ, 2011: 145). Destacaremos que el propio Hernán Cortés, en sus cartas al emperador Carlos V, contradice al propio Diosdado Caballero en numerosas ocasiones. En primer lugar, al aludir a los siete palacios que existían en la ciudad de Tlateluleco, así como en especial «una casa de aposentamiento y fortaleza que es mayor y más fuerte y más bien edificada que el castillo de Burgos». Los ejemplos son numerosos, pues también, en la ciudad de Tezcuco, «tienen, señor, en ella muy maravillosas casas y mezquitas y oratorios muy grandes y muy bien labrados, hay muy grandes mercados [...]» (GAYANGOS, 1866: 92 y 97).

15. Un magnífico ejemplo que permite comprender la diferencia entre España y el resto de países reside en el trato a los esclavos. Según Diosdado, los esclavos en las colonias españolas llevaban una vida cómoda y agradable, «pues se les da casa, y ropa suficiente para vivir según la estación, alimentos necesarios para toda su familia, médico, medicinas [...]». Esto no sucedía en las colonias de los enemigos de España. Pone de ejemplo la Isla Anguila, donde los ingleses «han establecido unos miserables pobladores, pobres, sin religión, que han degenerado en criaturas flojas y lerdas [...]» (DIOSDADO, 1789: f. 95 v).

Negra», Diosdado construye una leyenda negra sobre los indígenas americanos. Los misioneros eran escuchados por los indios con devota atención. Los españoles habían conformado una iglesia americana fervorosa. Los indios se hallaban sinceramente convertidos y eran gobernados por el código legal más humano¹⁶. Las naciones indígenas se hallaban en paz: la guerra, los asaltos, los latrocinios, la sodomía y las borracheras ya eran historia¹⁷. Los indios, tanto más comunican con el español, más aprenden sus modales. Las conquistas apenas supusieron derramamiento de sangre, como sucedió en Perú¹⁸. Los indios eran propietarios de las mayores haciendas¹⁹, y disfrutaban de una gran libertad de acción. Quedan, por tanto, refutadas las «imposturas» del dominico Las Casas. En opinión de Diosdado Caballero, no existía en las colonias americanas «ni un solo indio esclavo» (Diosdado, 1789: f. 197 r). El jesuita entendía «lo español» —«nuestras colonias» frente a «otras colonias»— como equivalente a ciertos valores: victoria, cultura, hermandad, abundancia, diligencia, mérito, diligencia, bondad, progreso, nobleza, esmero, constancia.

Estos egregios valores se alzaban frente a la tiránica colonización practicada por las restantes naciones: frente a la barbarie y a la crueldad de unos hombres vanidosos que solo deseaban «engrandecer un cuerpo sin alma» (Diosdado, 1789: f. 65 v). Todo ello frente al interés, al logro, a la envidia y a la ociosidad extranjera, frente a una especie de conjura internacional, pues «[h]olandeses, franceses, ingleses y todos conspiran a quitarnos de las manos nuestros frutos» (Diosdado, 1789: f. 6 r). Diosdado se alza como enemigo de los filósofos enciclopedistas, unos «miserables» que en realidad eran enemigos de la libertad del hombre, proclives al desenfreno, a la corrupción y perversión (Diosdado, 1789: f. 174 v). Sin embargo, no solo los extranjeros enfurecían al jesuita. Bartolomé de Las Casas aparece en las *Consideraciones* como causante de todas las calumnias e injurias que han vertido

16. «No existe nada más orientado a la felicidad de los vasallos que las *Leyes de Indias*». Si algo debe destacarse es el buen tratamiento de los indios «donde nuestros legisladores han agotado quantas prevenciones pueda dictar la humanidad más compasiva». Sin embargo, en lo que a legislación indiana se refiere, motivada por la religión y la humanidad más absoluta. Diosdado opta por ocultar y dejar a un lado de su discurso el papel de Bartolomé de las Casas en la elaboración de las *Leyes de Indias*. *Ibidem*, f. 193 r. Sin embargo, sí puede intuirse con posterioridad la participación del dominico en las *Leyes Nuevas*, dadas en Barcelona, en 1542, por Carlos V, «pues fueron unas leyes ruidosas que arruinaron a los españoles del Perú por indemnizar a los indios» (DIOSDADO, 1789: f. 194 r).

17. Diosdado Caballero dedica gran atención a la disminución de las borracheras tras la llegada de los españoles. Los mexicanos «debían desmesuradamente hasta caer en tierra sin sentido y tienen a mucha honra el emborracharse [...]». En partos, bodas y sacrificios se emborrachaban y ahorcaban y mataban unos a otros y se echaban con sus hijas, madres y hermanas [...]. Una vez ya cristianos, no se ha visto en varios pueblos un solo borracho en más de tres años» (DIOSDADO, 1789: f. 19 r y 190 r).

18. (DIOSDADO, 1789: f. 214 v) «La conquista del Perú, fuera del primer ataque, puede decirse que no costó una gota de sangre».

19. Diosdado afirma: «en todas nuestras Américas los indios son propietarios» (DIOSDADO, 1789: f. 194 v).

los extranjeros contra España. Defensor de la encomienda, Diosdado sigue a Vasco de Quiroga para defender su justicia, y posicionarse, una vez más, en contra de las opiniones del dominico. La encomienda y cálculos demográficos del Obispo de Chiapas son los principales asuntos a los que dedica su atención.

En realidad, Las Casas aparece como «supuesto» autor de *la Brevísima* (Diosdado, 1789: f. 3 v), un conjunto de desatinadas exclamaciones (Diosdado, 1789: f. 24 r) al fin y al cabo, elucubraciones de un «autor fingido o sin autor» (Diosdado, 1789: f. 212 v). Efectivamente, el dudoso autor de la Brevísima, fuera o no el dominico, aparece como un personaje sospechoso que no merece ser tenido en consideración. Más allá: Las Casas deja de ser, en el imaginario de Diosdado, sevillano de nacimiento. Los orígenes galos que le atribuye el jesuita podrían explicar que escribiera tal libelo difamatorio para calumniar a la nación española. De nuevo, la extranjería es tratada por Diosdado como mancha, como una nota deshonrosa, como un nuevo expediente en clave nacional de «limpieza de sangre». Un personaje poco fidedigno, que incluso fue contrariado por sus compañeros dominicos, haciendo creer que existía esclavitud cuando ni siquiera «llegaba a ser vasallaje» (Diosdado, 1789: f. 215 r). Sin embargo, merece la pena reproducir las dudas de Diosdado Caballero en torno a la autoría de la obra y las corrientes de opinión respecto a *la Brevísima*:

Este libro condenado por la Inquisición y el Consejo, sin duda como injustamente denigrativo del buen nombre de excelentes varones [...] No faltan quienes creen que no sea totalmente de Casas como el caso de Meléndez en su obra Verdaderos tesoros de las Indias [...] Aunque no me atrevo a decidir esta duda mucho menos a declarar a Casas revestido de aquel carácter con que le pinta Sepúlveda con otros, quienes no solo no reconocieron en él virtudes que admirar sino graves defectos que reprender, todavía no podré fácilmente persuadirme a que un hombre, no diré de hacer milagros sino de mediana conciencia, publique acusaciones tan atroces contra sus próximos o nombrándolos o describiéndolos de modo que fácilmente se viene en conocimiento, evidentemente falsas, apoyadas a un escriben, a un se creen, a un dicen: Modo de acusar tan iniquo, que aún en el tribunal más bárbaro se calificaría de calumnia [...] (Diosdado, 1789: f. 212 r).

Las Casas, reducido a puro esquematismo, manipulado y deformado hasta límites insospechados, entró en el juego dialéctico de «los nuestros/lo nuestro» frente a «lo otro/los otros»²⁰. Para ello, Diosdado recurrió a señalar al obispo de Chiapas como el gran ideólogo del tráfico esclavista de negros africanos en América, una responsabilidad largamente discutida desde el discurso de ingreso del abate Henri Grégoire en el Instituto de Francia (1801) hasta la contemporaneidad. Según el mallorquín, Las Casas llegó a confesar que «él no quería decir que los españoles deseaban matar a los indios, sino que les imponían trabajos insoportables. Y de

20. El concepto de «otro/otros» reviste una enorme complejidad de la cual no nos hacemos eco en este trabajo (TODOROV, 2008).

su grande empeño a que se opuso constantemente con las miras cristianas de que no corrompiesen las costumbres de los indios, de que se sustituyesen negros para los trabajos». La imagen del personaje había sido reelaborada y reinterpretada: esclavista, mentiroso, impostor, exagerado, maniático... Ubicado en el bando de los extranjeros, narrador de cosas que jamás ocurrieron, posible autor de una única obra, es el personaje español más criticado en el texto. Las Casas oscureció, desde la óptica de Diosdado, el esplendor imperial español. La obra del dominico y sus actuaciones en Indias impedían transmitir la imagen de que España había construido al otro lado del océano, de forma única y excepcional, un monumento vigoroso a la posteridad.

3. LOS *AVVERTIMENTI*: OTRA APOLOGÍA ANTILASCASIANA

Diosdado no dudó nunca cuando se trataba de escribir sobre Las Casas. Se reservó sus mayores críticas al dominico en los *Avvertimenti amichevoli all'erudito traduttore romano della Geografia di W. Guthrie*, sin duda alguna, una de sus obras más interesantes. Impresa en la ciudad de Nápoles el año 1799, carece de divisiones internas —capítulos, discursos o libros— y de índice temático. Tampoco aparece firmada ni contiene referencias tipográficas. No obstante, tal y como señala Bernat Hernández, «se confirma la atribución al jesuita a partir de referencias cruzadas en sus otras obras». (Hernández, 2011: 135). La importancia del texto es doble. En primer término, porque se trata de un amplísimo y muy erudito catálogo de puntualizaciones, enmiendas, correcciones y comentarios apologéticos a la geografía americana de la obra de Guthrie.

En segundo lugar, porque Diosdado no se dirige al autor de la obra, sino al traductor italiano de la misma. Este hecho tiene —a nuestro modo de ver— dos implicaciones esenciales. Primera: Diosdado entendía que aquella traducción italiana no era una simple adaptación del texto inglés, sino una versión con un elevado grado de originalidad o, cuanto menos, repleta de comentarios que podrían despertar el interés de un público específicamente italiano. Segunda: el mallorquín aspiraba a involucrarse de lleno en la polémica americanista tal como esta se desarrollaba en Italia, un área donde claramente había una «batalla cultural» que ganar, pues los italianos carecían de los prejuicios antiespañoles de las restantes naciones extranjeras.

También «la Geografía de Guthrie fue unánimemente criticada en la época porque incurría en graves incorrecciones respecto al mundo hispánico» (Hernández, 2011: 135). La *Geografía Universal* del inglés William Guthrie abordaba temáticas y lugares muy diversos: desde la tierra, el paisaje y las producción agraria, hasta la topografía de la América española, portuguesa, inglesa, francesa y holandesa, atendiendo incluso a los descubrimientos más modernos, como era el caso de los navegantes ingleses o los descubrimientos rusos en Alaska. Ciertos errores del texto original y observaciones de su traductor italiano irritaban profundamente

el ánimo del jesuita, pues en su opinión en aquellos se describía a los españoles con muy poca exactitud y no poca malevolencia. El caso de Paraguay podría ser un buen ejemplo. En este punto, las palabras de Guthrie habrían rozado el límite de lo intolerable. Hacia «mediados del siglo pasado presentaron los jesuitas a la corte de España que el poco fruto que hacían sus misiones debía atribuirse al escándalo que la mala conducta de los españoles incesantemente causaba, y al odio que su insolencia suscitaba en los indios, donde quiera que aparecían» (Gutrie, 1814: 8).

Frente a la América de Guthrie y de su traductor italiano, Diosdado presenta nuevamente unas colonias españolas paradisíacas. En lo que se refiere a despoblación, la mortalidad de los indios en las minas es una quimera, una invención de los extranjeros, pues «che han voluto in questi recenti tempi sostenere il Robertson» (Diosdado, 1799: 136). Lo mismo sucede en todo lo referente a la ignorancia y a la pobreza de las colonias. La Universidad de México, erigida en el tiempo del conquistador Cortés, posee 225 «doctori e maestri, con 25 cattedre, sapere: tre di Teologia, una di Sacra Scrittura, quattro di Medicina, Chirurgia e Notomia, due di Filosofia, una di Matematica ed un'altra di lingua messicana» (Diosdado, 1799: 57). Diosdado defiende vehementemente a la nación española como madre de fecundos ingenios eruditos²¹, como patria de grandes hombres, como nación caracterizada por el noble carácter de sus habitantes, por la excelencia de sus estudios, por su arte militar, por su gobierno, «o nella religione, e nella fedeltà a'loro Principi» (Diosdado, 1799: 4). Como en las *Consideraciones* —aunque ahora en italiano— el discurso torna a articularse en torno dos grandes palabras, un posesivo y un sustantivo: *nostri* y *nazione spagnuola*.

Con todo, el principal objetivo de los *Avvertimenti* era demoler, con todas las herramientas al alcance, la figura de Bartolomé de Las Casas —el personaje histórico más mencionado a lo largo de las 173 páginas del texto²², menos extenso que las *Consideraciones*— como testigo fidedigno de lo acontecido y como historiador de Indias. «He llegado ya al final de las advertencias al tomo primero. Sugeriré estos comentarios, aunque brevísimos, no de poca utilidad. Hay que remover a Las Casas de la clase de los historiadores. La suya, llamada *Historia de la destrucción de Indias*, no es otra cosa que un catálogo nauseabundo, indigesto, mendaz, crudo y sin estilo de las crueldades —imaginadas por él— de los españoles»²³. Las

21. Diosdado sitúa entre estos ingenios a hombres como Rodrigo Sánchez de Arévalo, Fernando de Córdoba, Hernández del Valle o Fernández de Enciso. Literatos, matemáticos y otras personalidades, como Isidoro de Sevilla (Diosdado, 1799: 20).

22. A partir de su página 96, los *Avvertimenti* hacen referencia al dominico de prácticamente constante.

23. «Son venuto già alla conclusione degli avvertimenti del primo tomo col suggerivi questi benchè brevissimi di non piccola utilità. Rimouvere dalla classe storica Bartolomeo de Las Casas. Quella, che chiama egli Storia della distruzione dell' Indie non è altro, che un catalogo, nauseante, indigesto, mendace, rozzo e senza stile delle crudeltà fatte, com'egli si fingeva, dagli Spagnuoli» (Diosdado, 1799: f. 43).

Casas fue «un furioso obsesionado en su quimérico sistema: se sabe que se valía de las acusaciones contra los conquistadores, verdaderas o falsas, para copiarlas en sus libros» (Diosdado, 1789: f. 169 r).

Diosdado Caballero, en sus *Advertimenti*, dedica páginas interminables al dominico. El mallorquín insiste en que Las Casas estaba literalmente obsesionado por desprestigiar tanto a Cortés como a Pizarro (Diosdado, 1799: 98-99). Subraya que, antes de profesar como dominico, estuvo en posesión de unos buenos repartimientos, alcanzados sin mérito alguno y sin haber participado en la conquista. El dominico, según Diosdado Caballero, había sido ignorado por Fernando el Católico y por Cisneros, que entendieron sus narraciones y propuestas como propias «de una mente calenturienta». La llegada al trono del joven Carlos V, monarca extranjero y desconocedor de los españoles, supuso una oportunidad para Las Casas. Sus descabellados proyectos serían escuchados por los consejeros flamencos del emperador (Diosdado, 1799: 100). Estos —a quienes Diosdado responsabiliza de la investidura del obispado de Chiapas— acordaron con el dominico la entrega de perlas y la evangelización de nuevos cristianos. A cambio, supuestamente, Las Casas habría solicitado el gobierno de Cumaná (Diosdado, 1799: 101).

Frente a los «verdaderos» héroes españoles, Diosdado presenta al *defensor de los indios* como personaje exageradamente escandaloso, interesado, maniático (Diosdado, 1799: 99), insaciable, ávido de fortuna (Diosdado, 1799: f. 101), hiperbólico y fabulador, un hombre rencoroso que se creía elegido por el Cielo (Diosdado, 1799: 98). Aunque en realidad, no fuera más que «un ex obispo exento del gobierno pastoral que pronunciaba acusaciones, un individuo que había obtenido sus bienes sin sudores» (Diosdado, 1799: 99). Sin duda, trataba de justificar la animadversión que habría empujado a Las Casas a escribir aquel libelo infamante que era la *Brevísima*. Para ello, más que acercarse a los hechos que protagonizó o a las ideas que defendió a lo largo de su dilatada vida, Diosdado intenta pintar su carácter y perfilar sus rasgos psicológicos, para hacer derivar de ellos sus acusaciones «dementes» contra la patria. Su ánimo era, incluso, indomable, pero también era un hombre «desmedido e inclinado hacia sus geniales caprichos» como el de acrecentar sin medida el n.º de muertos en América. La descalificación es una constante del texto ignaciano, y la refutación de Las Casas es uno de sus principales detonantes. Doscientos cincuenta años después de su muerte, el prestigio de Las Casas quedaba demolido.

A partir del discurso de Diosdado Caballero, el vesánico obispo de Chiapas queda reducido a un personaje que no admitía el fracaso, ni sus propias equivocaciones, una actitud que, al parecer, «le habría valido muchos partidarios» (Diosdado, 1799: 101). El jesuita irá más allá, estableciendo una relación entre los datos demográficos sobre la mortalidad de los indígenas que había defendido el dominico y ciertos rasgos de su carácter, precursores de cierto tipo de locura. Diosdado creía poder demostrarlos históricamente, afirmando que «en la incertidumbre espantosa

de sus cálculos, siendo ya 12, ya 15 o 20 millones los muertos por los españoles, se ve que más reynaba en ellos la locura que la aritmética» (Diosdado, 1789: f. 213 r). Un religioso de imaginación calenturienta, de desatinados cálculos, un perturbado, más bien, un «acalorado sujeto que ha perdido el tino» además de un hombre de escasísimos méritos, «de cuyos estudios nada se sabe» (Diosdado, 1789: f. 215 v). Las patologías de Las Casas, según Diosdado, «solo pueden ser corregidas por el reposo y la quietud»²⁴. El origen de los testimonios de la crueldad española podía haber sido resultado, por tanto, de un carácter inestable y hasta es posible que de alguna tara psicológica.

4. MEMORIA, IDENTIDAD Y NACIÓN

Sin embargo, la fiera empleada contra el dominico no solo halló eco en la obra apologética de Diosdado Caballero. Hablan por sí solas las justificaciones —y revelan el interés que supuso Las Casas más allá de la producción impresa o manuscrita— que el jesuita mallorquín emplea en una carta que envió a D. José de Gálvez, ministro de Indias, sobre la primera y la segunda parte de su obra *Consideraciones Americanas*. En ella agradecía al ministro que presentara su obra al rey, y hacía alusión al padre Las Casas con los siguientes términos:

Las Observaciones del fraile Casas van escritas con alguna fiera. Hame parecido usarla porque es infinito el daño que nos hace con sus imposturas. En libros, papeles, conversaciones [...] Se nos quiere cerrar la boca con la autoridad de este hombre. He tirado a descubrir su carácter valiéndome de la pintura que nos dieron de él sus contemporáneos; y es forzoso decir lo que yo siguiendo sus testimonios. Débense de una vez derrocar de veras los altares de adoración que, sin saber por qué fuera de la enemiga pública o secreta contra nuestra nación, logra este frenético autor. Por mucho mal que digo de él con verdad, siempre será incomparablemente menos de lo que, con falsedad, dijo [él] contra la nación [...] He leído muchas veces los libelos de Casas, capaces de trocar en furor la más sufrida mansedumbre²⁵.

Las Casas, uno de los personajes más polémicos de la historia, es un hombre capaz de enervar a cualquier lector desapasionado, alguien que no merece elogio alguno, una especie de gangrena que infecta el cuerpo de la historia. Diosdado, además, atribuye a Las Casas —y es una aportación interesantísima— la responsabilidad última del fomento de cierto sentimiento antiespañol que había cundido durante la segunda mitad del siglo XVIII. Cuando el jesuita habla de sus escritos, afirma que «se nos quiere cerrar la boca» con su autoridad y que «es infinito el daño que nos hace». Conscientemente, hace referencia a una colectividad —en

24. (DIOSDADO, 1789: f. 213 r). El jesuita emplea también algunas ironías para referirse al obispo de Chiapas, como cuando le tilda de «héroe de la humanidad» (DIOSDADO, 1789: f. 103 v).

25. Sobre la elaboración de la obra *Observaciones Americanas*, vide A.H.N. Diversos-Colecciones. Caja 29, nº 22.

la que él mismo se halla inmerso— una colectividad trascendente que enlazaría presente y pasado, un grupo al que el dominico ha dañado de muerte y cuya memoria, desterrando para siempre su ejemplo y su testimonio, debe ser construida en unos términos muy precisos. Las atrocidades indianas no podían formar parte de una memoria oficial que pretendiera alzar la conquista y la colonización a la categoría de hecho glorioso, propio y diferencial de la Historia de España.

No descubrimos nada nuevo y si insistimos en que el extrañamiento de los ignacianos de los diferentes territorios europeos constituyó un hito esencial de la Europa de las Luces. Sin embargo, y como comentaba al principio de estas páginas, no se ha analizado con detenimiento y suficiente profundidad a la élite ignaciana como productora de memoria, memoria que alimenta y dota de identidad a un grupo social (García Cárcel, 2010: 15). En ella, el recuerdo de Las Casas debía eliminarse, oscurecerse y denigrarse. La memoria necesitaba ser limpiada de peligrosas tachas que pudieran ensuciarla. Para crear la nación, se precisaba de un pasado remoto, glorioso y excepcional. Si no se contaba con él, siempre era posible inventarlo, manipularlo, imaginarlo. El dominico representaba un serio obstáculo, una voz grave y disonante capaz de provocar tumultos y sediciones, radicalmente incompatible con la memoria que trataba de difundirse y la identidad que trataba de construirse.

La deformación *a contrario* operada por los escritos de Diosdado habría permitido levantar un edificio historiográfico fundamentado sobre nuevas manipulaciones, decorado con un despliegue de grandes recursos retóricos y reforzado con un vasto aparato crítico seleccionado con gran atención y discernimiento. Entre los americanistas ignacianos españoles apenas hubo voces discordantes en lo tocante al Nuevo Mundo: la empresa de España en América había sido sencillamente ejemplar y gloriosa. Esta era la verdad única y fundamental, la única creíble, la única aceptable: una verdad que debía alumbrar a la humanidad, en pugna con la ignorancia de «los otros», los admiradores de Las Casas, aquel grupo de impíos pensadores que aquellos jesuitas no dudaron en identificar con los *philosophes*, causantes de los mayores males del siglo XVIII.

No constituyeron los textos aquí analizados una clara y contundente respuesta de un jesuita aislado frente a la odiosa «Leyenda Negra». Esa leyenda despreciada por los nacionales que preocupaba a múltiples instituciones y a la propia Corona, y que tan magistralmente ha sido abordada por Joseph Pérez (2009), Ricardo García Cárcel (1998) o Miguel Molina (1991). Tampoco fue, única y simplemente, una abierta defensa del colonialismo español, una defensa llevada a cabo por un expulso que añoraba su patria, deseando quizá, aumentar sus escasas pensiones y regresar cuanto antes a España. Va mucho más allá. Sus textos suponían un ejercicio de memoria que entraba de lleno en una de las cuestiones fundamentales hoy en día para los historiadores: la creación de identidad nacional, la configuración de una memoria oficial e impoluta, los usos de la Historia, y la construcción del panteón de héroes y traidores de la patria que conformaban el relato nacional.

Ya no se trataba del concepto de héroe que radicaba en la figura del rey o en el príncipe, típico del Antiguo Régimen, como ha destacado Víctor Mínguez (Mínguez, 2003: 51). La condición de héroe recaía ahora sobre individuos que no pertenecían a la familia real, ciudadanos y patriotas, que se miraban en el espejo del mito y de la Historia de la Antigüedad, pese a que «los valores patria, sacrificio y muerte gloriosa también est[uvieran] presentes en el discurso barroco» (Mínguez, 2003: 51). Hernán Cortés y Pizarro, formarían parte de este primer catálogo que sería plenamente aceptado con posterioridad por el futuro Estado Español, artífices de la transformación del recuerdo en una serie de hechos y batallas memorables, comportamientos arquetípicos revestidos de significación heroica. Unos hombres elegidos y predestinados habían marcado el destino colectivo, contraponiéndose a la figura del antihéroe, el dominico Las Casas, calumniado como protagonista de un pasado inaceptable.

Así pues, no interesaba al jesuita que todo fuese recordado con exaltación. Como fuente de un permanente cuestionamiento de España y su pasado, origen de la mayor afrenta imaginable contra la nación, la *Brevísima* y Las Casas se convirtieron en meros productos ideológicos, en simples líneas divisorias en la operación de selección de los recuerdos colectivos. Discriminado por un recuerdo selectivo y deformado, el religioso sevillano debía ser despojado de cualquier virtud destacable y convertirse en un temerario impostor llamado a ser excluido del imaginario colectivo nacional. Aquella expresión del «nosotros» ignaciano y en concreto, el «nosotros» de Diosdado Caballero estuvo ligado a unos intereses muy precisos, fruto de la coyuntura política y social, y de la propia manera de interpretar el mundo de los jesuitas. Desde luego, nunca llegó a ser una memoria única —no podía serlo y menos aún en el tránsito entre los siglos XVIII y XIX— aunque, sin duda alguna, sí pretendió serlo.

La contribución de Diosdado Caballero a la construcción de la identidad nacional española no resultó en vano. Como bien escribió Ernest Renan, «el olvido y el error histórico eran factores esenciales en la creación de la nación» (Renan, 1992: 41). Desde el apasionamiento ideológico, la mirada al pasado del jesuita mallorquín garantiza la cimentación de un grupo social en torno a valores y recuerdos comunes (Michonneau, 2008: 48) porque «la identidad se basa en la memoria» (Pérez Garzón, 2005).

Diosdado pretende promover una identificación colectiva en torno a un pasado propio y diferenciado del resto de naciones europeas. El recuerdo de «los nuestros» aparece defendido y reivindicado mediante la apología del carácter español, opuesto al francés, inglés o escocés, y a una memoria que se articula en torno a la obra de civilización y de progreso en el Nuevo Mundo, en oposición a la negación del pasado indígena y de la «incomprensión del otro». La nación española, con su poder legitimador, alcanzó su perfección bajo la unión dinástica de los Reyes Católicos, en el llamado Siglo de Oro —concepto creado, por cierto, por los críticos españoles del siglo XVIII (Álvarez de Miranda, 1992: 677)— donde

habrían «convergiendo todas las mayores glorias de nuestro país» (Diosdado, 1789: f. 126 r). Diosdado trataba de hacer valer la herencia recibida, una herencia en la que los antepasados merecían y exigían su propio culto. España era la esencia de una historia común, una nación valerosa y humanísima de destino honroso, cuya historia ya estaba prefigurada pues «era natural que con príncipes tan ilustres fuera forzosamente una gloriosísima nación» (Diosdado, 1789: f. 126 r). Además, resulta muy interesante que el jesuita identificara la nación con la Corona de Castilla, no con la Corona de Aragón²⁶. Atribuía, asimismo, a la unidad de la lengua castellana un poder aglutinador clave: haber contribuido a la unidad de la nación «engendrando trato y amor en los que la usan» (Diosdado, 1789: f. 192 r).

Mostrándose ante sus lectores y ante la propia Corona como gran patriota, Diosdado dio forma a un discurso globalizador y providencialista y a un sentimiento de pertenencia en torno a unos rasgos netamente hispánicos. A este respecto, Ricardo García Cárcel ha destacado muy acertadamente cómo la construcción de la Historia de España, tal como se escribe a partir del siglo XVIII, habría proyectado sus mayores evocaciones narcisistas hacia el siglo XVI «en función de la nostalgia imperial que el reinado de los Austrias había generado tradicionalmente» (García Cárcel, 1994: 180). En este sentido, «la manipulación de la Historia no se queda en el simple recuerdo a evocar, sino que se ejerce de manera más grosera en la utilización de textos o fuentes de base entre las diversas y posibles interpretaciones de la realidad histórica. El nacionalismo español fabricó una historia llena de distorsiones: la Granada de 1492, el culto de Santiago, la supuesta unidad nacional de los Reyes Católicos o la concepción de la Hispanidad» —concepto que se dibuja incipientemente en Diosdado— «como generosa proyección de las esencias españolas».

La diferencia nacional se construye, pues, en términos metafísicos de pertenencia y oposición, alcanzando en ello límites retóricos insospechados. Diosdado Caballero nos proporciona un buen ejemplo de lo dicho: «¿Quién ha empleado y emplea más caudales a favor de la religión y en obsequio del benéfico Creador de los hombres: los españoles o los franceses? ¿Quién ofrece más subsidios a la humanidad doliente en los hospitales, más apoyos en suficientes dotaciones para la colocación de doncellas, para la crianza de los huérfanos, socorro de los miserables? ¿Dónde la juventud logra, en universidades y seminarios, hacerse útil a la patria por medio de una honesta y crítica educación dispensada por buenos maestros y mejores directores para el adelantamiento de las ciencias?» (Diosdado, 1789: f. 80 r). Ninguna duda podía haber al respecto.

Diosdado se representaba a sí mismo formando parte de una nación generosa, ejemplar, poderosa y justa, depositaria de la fe verdadera y de la verdadera religión; una nación de lealtad ingénita entre los españoles y sus soberanos. Como colectivo, la nación poseía un espejo en el que contemplarse: el legado de un

26. «Esto era opinión común en toda Castilla, esto es, en toda España...» (DIOSDADO, 1789: f. 146 r).

paraíso terrenal descubierto por sus navegantes trescientos años atrás, un dominio próspero y feliz que constituía un modelo a seguir para cualquier nación, un ejemplo único y diferenciador en el cual «el español merece siempre más elogios que tachas» (Diosdado, 1789: f. 4 r). El uso y abuso de la Historia no podría haber sido más evidente, porque, precisamente, las conductas y los valores del «español» eran presentados como el camino directo hacia el éxito de la conquista y de la colonización. Las pruebas de valor, de lealtad y de honor serían interminables²⁷: las grandes navegaciones y descubrimientos, las conquistas más gloriosas habrían sido llevadas a cabo por los fieles súbditos de los reyes más justos y sabios. «¿Qué podían producir otras naciones de sublime y grandioso, o sus soberanos, que no quedase enteramente ofuscado por las menores glorias de los nuestros?» (Diosdado, 1789: f. 126 r). España quedaba así constituida como cuerpo de valores digno de imitación y difusión, y, de este modo, los tópicos de la «Leyenda Negra» podían dar un giro de ciento ochenta grados.

El establecimiento de la misión histórica de España en modo alguno era independiente de la denuncia de la «gradual secularización de la sociedad europea contemporánea» (Guasti, 2011: 292). Analizando las apologías de Diosdado avanzamos en el dominio de una retórica áspera y conservadora, y profundizamos en el ámbito ideológico de la representación colectiva. El pasado de la Monarquía que nos presenta Diosdado aparece envuelto por un ropaje ideológico estampado de alteridad: «nuestra historia» frente a la «historia de ellos», a la «historia de los otros»; «nosotros», fieles a nuestros propios valores e historia, a la tradición y a la ortodoxia, y «ellos», mendaces, ávidos de novedades, proclives a la heterodoxia y a la sedición. ¿Qué recursos utilizó para crear este sentimiento identitario? El orden retórico resulta de enorme importancia para emprender el análisis. De manera constante recurrió a un uso del lenguaje en clave identificativa para definir al colectivo español, es decir, a la nación. Los textos se encuentran plagados de expresiones de pertenencia, de propiedad, de singularidad. El adjetivo nuestro/nuestra no solo actúa como posesivo («nuestra España», «nuestras colonias», «nuestra América», «nuestros enemigos», «los nuestros», «nuestra agricultura», etc.); muchas veces aparece también sustantivado.

Así pues, el universo de los valores y de las ideas exaltadoras del pasado resulta crucial en este contexto histórico de finales del Antiguo Régimen en el cual se está forjando la identidad nacional. No obstante, el sentimiento de pertenencia no fue ni cerrado ni uniforme. M.^a Victoria López-Cordón ha abordado los medios de difusión de este sentimiento de identidad nacional: la literatura —especialmen-

27. «Las otras naciones se hallaban sin cabezas que pudieran igualarse con las nuestras [...] ¿Qué podrán producir otras naciones de sublime y grandioso en sus soberanos que no quedase enteramente ofuscado por las menores glorias de los nuestros? Los soberanos españoles son los últimos responsables de la gloria de la nación, porque con príncipes tan ilustres debía forzosamente ser gloriosísima, una nación dotada por la naturaleza, de grandeza de alma, elevación, de pensamiento, profundidad de ingenio e inclinada a la religión y la piedad [...]» (DIOSDADO, 1789: f. 126 r).

te aquella en la que lo extranjero era tratado con desprecio— el teatro patriótico, el arte conmemorativo, la propia enseñanza de la historia, etc. (López-Cordón, 2006). Como ha afirmado Enzo Traverso, la representación colectiva del pasado permitía vertebrar la identidad nacional, «inserir-la en una continuïtat històrica alhora que dona un sentit» (Traverso, 2006: 16). También Javier Varela ha reconstruido, acercándose al papel del Estado, el nuevo tipo de comunidad nacional que se deseaba promover, por ejemplo, desde las Sociedades Patrióticas o desde la propia construcción de una historia al servicio de la identidad nacional. Según Varela, las políticas educativas, de reforma agraria o secularizadoras no podrían entenderse sin ponerlas en relación con el designio de unificación nacional que las estaba inspirando (Varela, 1994: 36).

Como hemos visto, Diosdado convirtió el siglo XVI en la base de la memoria colectiva nacional. Los vínculos entre él como emisor ideológico, su público lector y la propia comunidad nacional fueron reforzados mediante recursos retóricos eficientes, un elevado grado de apasionamiento verbal y cierto tipo de solidaridades conceptuales. Los vínculos comunitarios aparecían como hechos naturales y evidentes. Lógicamente, se procuraba que el «proceso de construcción cultural e histórico» no fuera percibido (Bolufer-Morant, 2012). El discurso más repetido se articulaba en torno a los conceptos de «España», «nación», «españoles», «memorables», «conquistas», «grandioso», «glorias», «heroicidad» y «envidia». Todo ello aderezado con el uso de determinativos posesivos —«nuestros», «sus»— y, sobre todo, la idea de los «otros».

No deja de ser sorprendente, siguiendo a Andreu Miralles, que carezcamos de estudios en lo que se refiere a la identidad nacional española en dicha cronología, sobre todo si tenemos en cuenta «que desde mediados del siglo XVIII, existe entre sus intelectuales una auténtica obsesión con respecto a la imagen que de sí mismo producían los autores extranjeros» (Andreu, 2004: 349). El uso del posesivo «nuestro», tanto en singular como plural, no resulta indiscriminado ni es aplicado arbitrariamente nunca. Aparece junto a conceptos muy precisos y de un hondo significado patriótico, como, por ejemplo, aquellos sustantivos que tienen un sentido militar, como podría ser el caso de «ejército», «marina» o «conquista». Otros se mueven en el campo semántico de la religión, como «fe», «misioneros» o «evangelización». Otros harían referencia al dominio de la cultura como, por ejemplo, «escritores» o «historiadores». Otros, finalmente, se hallarían relacionados con lo que podríamos denominar comunidad gentilicia, como «honor», «criollo», «español», «provincia», «nación» o «Américas».

Este orden retórico nos permite comprender las sustanciales modificaciones que se estaban operando en el modo de elaborar el pasado, en la manera de interpretarlo y de seleccionarlo para ser transmitido a otros. La historia, aprehendida anteriormente como una pluralidad de ejemplos con fines, la mayoría de las veces, moralizantes, se convierte ahora, según Pedro Ruiz, en un «singular colectivo», es decir, en «la suma de todas las experiencias humanas que identificaban y caracterizaban a cada una de las naciones, y que permitían iluminar el porvenir».

(Ruiz, 1998: 117). La utilización de un lenguaje altamente identitario debe fomentar el sentido de pertenencia, la creación de una personalidad colectiva en torno a valores comunes y a recuerdos compartidos.

En conclusión, puede afirmarse, después de analizar los textos de Diosdado Caballero, que la instrumentalización de Fr. Bartolomé de las Casas resultó fundamental en la conformación de la identidad nacional española, precisamente en el contexto de la crisis del Antiguo Régimen. A su vez, el caso de Diosdado demuestra cómo la monarquía de Carlos III y Carlos IV se configuró como administradora de la memoria histórica de la nación y de sus sentimientos de pertenencia frente a las acusaciones extranjeras que habían puesto en tela de juicio sus bases identitarias.

A través de su política cultural, de sus instituciones, de las academias y del patronazgo intelectual, el Estado incentivó un discurso histórico legitimador con pretensión de convertirse en hegemónico. Este discurso tendía a la exaltación de las glorias del pasado —que en el caso que nos ocupa fue la empresa conquistadora— de los héroes de la patria y, al mismo tiempo, a la condena de los traidores y de los anti-héroes: era la condición necesaria para retroalimentar los sentimientos patrióticos, la ideología nacionalista española y un nuevo discurso identitario que cobrará peso en las Cortes de Cádiz.

Las Casas se reveló entonces, tantos siglos después, como un personaje de gran actualidad, motivo de controversia a la hora de entender e interpretar el pasado español, un pasado que, desde mediados del XVIII, se había colocado al servicio de la nación y de la creación de identidad colectiva. El caso de Diosdado Caballero pone sobre la mesa cómo Bartolomé de Las Casas no debe, ni mucho menos, olvidarse si los historiadores queremos conocer con profundidad el complejísimo proceso de construcción de memoria e identidad y los múltiples medios por los cuales la deformación de la Historia permite imaginar la nación.

BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ DE MIRANDA, Pedro (1992). *Palabras e ideas. El léxico de la ilustración temprana en España (1680-1760)*. Madrid: Real Academia Española.
- ANDREU MIRALLES, Xavier (2006). «La mirada de Carmen: el mito oriental de España y la identidad nacional». *Afers. Fulls de recerca i pensament*, 48, pp. 347-367.
- ARÓSTEGUI, Julio (2004). «Retos de la memoria y trabajos de la Historia». *Pasado y Memoria, Revista de Historia Contemporánea*, 3, pp. 15-36.
- BATLLORI, Miquel (1966). *La cultura hispano-italiana de los jesuitas expulsos: españoles, hispanoamericanos, filipinos: 1767-1814*. Madrid: Gredos.
- BOLUFER, Mónica y MORANT, Isabel (2012). «Identidades vividas, identidades atribuidas». En PÉREZ FUENTES, Pilar (ed.). *Diálogos entre dos orillas. La historia de las mujeres en España y América Latina*. Barcelona: Editorial Icaria.
- CAÑIZARES ESGUERRA, Jorge (2007). *Cómo escribir la historia del Nuevo Mundo, Historiografías, epistemologías e identidades en el mundo del Atlántico del siglo XVIII*. México: Fondo de Cultura Económica.

- CUESTA BUSTILLO, Josefina (2008). «Memoria e Historia. Un estado de la cuestión». *Ayer, Revista de la Asociación de Historia Contemporánea*, 32, pp. 203-246.
- CHANGEUX, Jean-Pierre (2002). «Definición de la memoria biológica». En BARRET-DUCROQ, Françoise (dir.). *¿Por qué recordar? Foro internacional Memoria e Historia*. Barcelona: Granica, 2002, pp. 15-19.
- DIOSDADO, Ramón (1789). *Consideraciones americanas. Excelencia de la América española sobre las extrangeras decidida con hechos. Primera y segunda parte*. Biblioteca del Palacio Real, ms. II/1.843.
- (1799). *Avvertimenti amichevoli all'erudito traduttore romano della geografia di W. Gutrie*. Nápoles: S. I.
- EGUÍA RUIZ, Constanco (1932). «Dos sabios jesuitas mallorquines. Datos bibliográficos». En Paul AEBISCHER (coord.). *Miscelánea filológica dedicada a D. Antonio María Alcover con motivo de la publicación del Diccionari català-valencià-balear*. Palma de Mallorca: Círculo de Estudios, pp. 257-304.
- FERNÁNDEZ DE ARRILLAGA, Inmaculada (2002). *Éxodo y exilio de los jesuitas españoles según el diario inédito del P. Luengo (1767-1818)*. Alicante: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alicante.
- GARCÍA CÁRCCEL, Ricardo (1994). «La manipulación de la memoria histórica en el nacionalismo español». *Manuscrits, Revista d'Història Moderna*, 12, pp. 175-181.
- (2010). «Los jesuitas y la memoria histórica». En José Luis BETRÁN (ed.). *La Compañía de Jesús y su proyección mediática en el mundo hispánico en la Edad Moderna*. Madrid: Sílex Ediciones, pp. 15-21.
- GAYANGOS, Pascual (1866). *Cartas y relaciones de Hernán Cortés al emperador Carlos V, colegidas e ilustradas por don _____*. París: Imprenta Central de los Ferrocarriles.
- GERBI, Antonello (1960). *La disputa del Nuevo Mundo: Historia de una polémica: 1750-1900*. México: Fondo de Cultura Económica.
- GUASTI, Niccolò (2009). «Rasgos del exilio italiano de los jesuitas españoles». *Hispania Sacra*, LXI-123, pp. 257-278.
- (2011). «Catholic civilization and the evil savage: Juan Nuix facing the Spanish Conquista of the New World». En ABBATISTA, Guido (ed.). *Encountering Otherness. Diversities and Transcultural Experiences in Early Modern European Culture*. Trieste: Edizioni Università di Trieste, pp. 285-302.
- GUTHRIE, Guillermo (1814). *Nueva Geografía Universal, descriptiva, histórica, industrial y comercial de las quatro partes del mundo, escrita en inglés por _____ traducida al francés por F. R. Noël y de la segunda edición en esta lengua a la española por D. J. I. Tomo XIV*. Madrid: Villalpando.
- HERVÁS Y PANDURO, Lorenzo (2007-2009). *Biblioteca jesuítico-española, 1759-1799*. Ed. Antonio ASTORGANO. Madrid: Libris.
- HERNÁNDEZ, Bernat (2011). «Hernán Cortés según el abate Ramón Diosdado Caballero». En *Tierras prometidas. De la colonia a la independencia*. Barcelona: Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, Universidad Autónoma de Barcelona-Bellaterra, pp. 131-152.
- JULIÁN, Antonio (1787). *La perla de Santa Marta, reconocida, observada y expuesta en discursos históricos por el sacerdote D. Antonio Julián*. Madrid: Antonio de Sancha.
- LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO, M.^a Victoria (2006). «De monarquía a nación: La imagen Histórica de España en el siglo de la Ilustración». *Norba, Revista de Historia*, 19, pp. 151-173.

- LLORENTE, Mariano (1804). *Saggio apologetico degli storici e conquistatori spagnuoli dell'America*. Parma: Luigi Mussi.
- MARÍAS, Julián (1988). *La España posible de Carlos III*. Barcelona: Editorial Planeta.
- MESTRE, Antonio (2003). *Apología y crítica de España en el siglo XVIII*. Madrid: Marcial Pons-Institución Alfonso el Magnánimo.
- MICHONNEAU, Stehpane (2008). «La memoria ¿objeto de la Historia?». En BERAMENDI, Justo y BERAMENDI, María Jesús (coords.). *Identidades y memoria imaginada*. Valencia: Publicaciones Universidad de Valencia, pp. 43-59.
- MÍNGUEZ, Víctor (2003). «Héroes clásicos y reyes héroes en el Antiguo Régimen». En CHUST, Manuel y MÍNGUEZ, Víctor (eds.). *La construcción del héroe en España y México (1789-1847)*. Valencia: Universidad de Valencia, pp. 51-70.
- NUIX, Juan (2007). *Reflexiones imparciales sobre la humanidad de los españoles en Indias contra los pretendidos filósofos y políticos para ilustrar la historia de Raynal y Robertson, escritas en italiano por el abate D. Juan Nuix y traducidas con algunas notas por D. Pedro Varela y Ulloa*. Mairena del Aljarafe (Sevilla): Extramuros, D. L.
- O'NEILL, Charles y DOMÍNGUEZ, Joaquín M.^a (2001). *Diccionario histórico de la Compañía de Jesús: Biográfico-Temático*, vol. 2.^o. Roma: Institutum Historicum S.I. y Universidad Pontificia Comillas.
- PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio (2005). «Memoria, historia y poder. La construcción de la identidad nacional española». En COLOM GONZÁLEZ, Francisco (ed.). *Relatos de nación, la construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico*, vol. 2.^o. Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert, pp. 697-728.
- QUIJADA, Mónica (2008). «España, América y el imaginario de la soberanía popular». En COLOM GONZÁLEZ, Francisco (ed.). *Modernidad iberoamericana: cultura y política y cambio social*. Madrid: Iberoamericana/Vervuert, pp. 229-268.
- RENAN, Ernest (1992). *Qu'est-ce qu'une nation?* París: Presses Pocket.
- RICOEUR, Paul (2002). «Definición de la memoria desde un punto de vista filosófico». En BARRET-DUCROQ, Françoise (dir.). *¿Por qué recordar? Foro internacional Memoria e Historia*. Barcelona: Granica, 2002, pp. 24-28.
- RUIZ TORRES, Pedro (1998). «Nacionalismo y ciencia histórica en la representación del pasado valenciano». En FORCADELL, Carlos y CARRERAS, Juan José (eds.). *Nacionalismo e Historia*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, pp. 117-142.
- SÁNCHEZ BLANCO, Francisco (2007). *La ilustración goyesca, la cultura en España durante el reinado de Carlos IV, 1788-1808*. Madrid: CSIC.
- SOMMERVOGEL, Charles (1891). *Bibliotheca Societatis Iesu*. Vol. 2.^o. Bruselas: Tipografía de la Compañía de Jesús.
- TODOROV, Tzvetan (1987). *La conquista de América, el problema del otro*. México: Siglo XXI.
- (2008). *El miedo a los barbaros: más allá del choque de civilizaciones*. Barcelona: Círculo de Lectores-Galaxia Gutemberg.
- TRAVERSO, Enzo (2006). *Els usos del passat: història, memòria, política*. València: Universitat de València, 2006.
- VARELA, Javier (1994). «Nación, patria, y patriotismo en los orígenes del nacionalismo español». *Studia Historica, Historia Contemporánea*, 12, pp. 31-43.